



GOBIERNO DE LA
CIUDAD DE MÉXICO

Sistema de Transporte Colectivo

ASÍ FRENA

GAM. Una camioneta Jeep chocó ayer contra una de las entradas a la estación Potrero del Metro, tras lo cual se impactó con un microbús, un taxi y una bicicleta. No se reportaron heridos.



Tomada de Twitter: @alertasurbanas



Derriba bardas en el Metro

Una mujer de la tercera edad perdió el control de su camioneta, se subió a la banqueta y derribó parte del acceso a la estación Potrero de la Línea 3 del Metro, ubicada en avenida Insurgentes Norte y la calle Victoria, en la colonia Guadalupe Insurgentes, en la alcaldía de Gustavo A. Madero.

A su paso, el vehículo embistió algunos puestos ambulantes y se impactó contra una unidad de transporte público que estaba estacionada. En el percance resultó lesionada la conductora de la camioneta, quien fue atendida por paramédicos en el lugar. El Metro dio a conocer que interpondrá una denuncia por los hechos para el pago de los daños.

— Wendy Roa



FOTOS: LEONARDO GUERRA | GRUPO CANTÓN

EN LA ESTACIÓN POTRERO

CAMIONETA SE METE AL METRO

El vehículo todo terreno casi termina en el interior de la estación; dos personas resultaron lesionadas





EL CONDUCTOR

de una camioneta Jeep perdió el control y **DERRIBÓ LA FACHADA** de la entrada de la estación **DEL METRO POTRERO** sobre Insurgentes Norte. Además, **ARRASÓ CON UN PUESTO AMBULANTE.**

Fallas en el Metro por segundo día consecutivo

ISRAEL ZAMARRÓN

En el Plan Maestro se reconoce que la compra de materiales no es oportuna ni en cantidades suficientes, lo que se refleja en la baja calidad de las rehabilitaciones de los trenes

Las cosas en el Metro no mejoran. Las fallas se han vuelto tan cotidianas que por segundo día consecutivo el Sistema de Transporte Colectivo vivió una jornada caótica, ya que ayer se registraron fallas en las líneas 1, 3, 7 y 9.

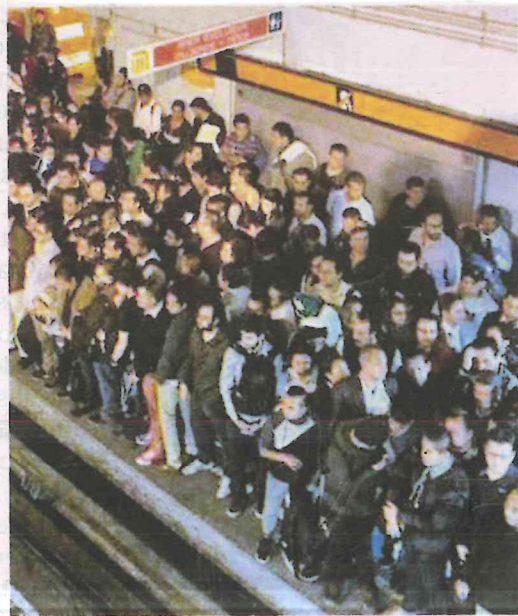
Las fallas radicaron en el sistema de apertura y cierre de puertas y en el frenado, dos de los problemas que más padece la flota de convoyes del Metro, que tiene hasta más de 40 años de antigüedad en algunos casos.

En la Línea 5 las fallas en un tren provocaron el desalojo del mismo en la esta-

ción de Oceanía, mientras que en la Línea 9 la marcha fue lenta por inspecciones a los convoyes en la terminal de Pantitlán. Además en la estación Jamaica una persona se arrojó a las vías, por lo que se suspendió el servicio e impacto en el servicio.

De acuerdo con la empresa ferroviaria CAF, el Metro ya tiene a su disposición tres de los 10 trenes nuevos que compró, mismos que podrían empezar a dar servicio a finales de este mes en la Línea 1, la más antigua del Sistema.

Como informó *El Sol de México* en noviembre pasado, el Sindicato del Metro se ha deslindado de las fallas registradas en el STC y afirmaron que el mal servicio se debe a la falta de mantenimiento a los trenes, instalaciones eléctricas y electromecánicas. En el Plan Maestro del Metro se reconoce que la compra de materiales no es oportuna ni en cantidades suficientes.



Los atrasos se convierten en aglomeraciones en las horas pico/ARCHIVO

Segundo día de caos y retrasos en el Metro

POR AIDA RAMIREZ MARIN

La mañana de este viernes las líneas 1, 3, 7 y 9 del Sistema de Transporte Colectivo (STC) Metro reportaron retrasos en el servicio, ocasionando aglomeración y malestar entre los usuarios.

Ello, se informó, debido a que se revisaba el mecanismo de cierre de puertas y de frenado, por lo que se estuvieron enviando trenes vacíos para atender la afluencia de los usuarios, mientras que en la línea 5, se desalojó un tren.

Vía su cuenta de Twitter @Metro-CDMX, el organismo detalló que en la Línea 9 se revisan los indicadores de avance de trenes en la terminal Pantitlán, por lo que la salida de unidades fue lenta.

Mientras que en las líneas 1 y 7 se supervisaba el mecanismo de frenado, aunque el avance fue continuo en la primera y en la segunda la marcha fue lenta.

Por último, en la estación Oceanía, de la Línea 5 se desalojó un tren, el cual fue retirado para revisión de mecanismo de cierre de puertas.

...y rescatan a persona que cae a las vías en L9

El Sistema de Transporte Colectivo (SCT) Metro informó que una persona cayó a las vías en la estación Jamaica de la Línea 9, por lo que se cortó la corriente y se realizaron las maniobras necesarias para su rescate.

En su cuenta de Twitter, @Metro-CDMX detalló que para el rescate del usuario, que cayó a las vías, se suspendió el servicio durante siete

minutos.

"#AvisoMetro: Lamentablemente una persona cayó a vías en #Jamaica #L9, se realizó corte de corriente y las maniobras necesarias para su rescate. La suspensión del servicio fue de 7 minutos. Personal del STC-Metro y de emergencias realizan su valoración médica", publicó en la red social.



Siguen las fallas y la desesperación.

PIDEN RECURSOS

Ciclistas solicitan más vías

POR LUIS PÉREZ

luis.courtade@gmm.com.mx

El grupo Cultura Vial AC, solicitó a la jefa de Gobierno, Claudia Sheinbaum, recursos para construir más ciclovías en la capital.

Una veintena de ciclistas que se manifestaron a las afueras de la sede del Gobierno capitalino, detallaron que urge proteger con infraestructura y leyes el uso de la bicicleta.

Demandaron la construcción de las ciclovías en División del Norte, desde Xochimilco hasta el Viaducto; en calzada Ignacio Zaragoza, desde Santa Martha Acatitla hasta San Lázaro; y el sendero ciclista de Reforma, desde Lieja hasta Periférico.

Además, buscan accesibilidad a este sector en Ciudad Universitaria, el Casco de Santo Tomás y Zacatenco, la UAM Iztapalapa, Xochimilco y Azcapotzalco, así como la accesibilidad de más biestacionamientos en estaciones del Metro.

Alejandra Olguín, integrante de la agrupación, aseguró que "la infraestructura es discontinua y no conecta a las periferias".

720
MIL

viajes diarios
se realizaron en
bicicleta durante
2017, de acuerdo
con la Encuesta
Origen-Destino

Pagará Metro \$7 millones por daños de la Línea 12

REFORMA / STAFF

Para indemnizar a las personas que tuvieron daños en sus inmuebles por la construcción de la Línea 12, el Sistema de Transporte Colectivo (STC) Metro pagará 7 millones 749 mil pesos.

Lo anterior se dio a conocer en la Gaceta Oficial de este jueves, con un anuncio emitido por el director general de Desarrollo Económico y Rural, Francisco Peralta Morales.

La Gerencia de Presupuesto del Sistema del Transporte Colectivo autorizó la transferencia de recursos a la Alcaldía de Tláhuac, para otorgarles el apoyo a 10 propietarios y/o poseedores afectados.

Sin embargo, dos pagos están condicionados. El primero hasta que el interesado acredite que ha quedado firme la sentencia dictada por un juicio de amparo.

En el segundo caso, se

deberá mostrar un Dictamen de Avalúo, emitido por la Dirección General de Patrimonio Inmobiliario del Gobierno de Ciudad de México, o la dependencia que lo sustituya.

El 26 de febrero de 2012 se publicaron las reglas de operación del programa PROAPAOM 2012, para que las personas con daños en sus inmuebles recibieran el apoyo económico de las autoridades capitalinas.

Para el caso de los inmuebles afectados por la ampliación de la Línea, de Mixcoac hacia Observatorio, la Secretaría de Obras informó en mayo pasado que se cuenta con un seguro de daños a terceros, contratado por la empresa constructora.

Así, el Gobierno capitalino no desembolsaría recursos para costear la reparación de viviendas perjudicadas por la construcción, como las de la Colonia Primera Victoria, en Álvaro Obregón.

Pagará millonada por daños

METRO / STAFF

Para indemnizar a las personas que tuvieron daños en sus inmuebles por la construcción de la Línea 12, el Sistema de Transporte Colectivo (STC) Metro pagará 7 millones 749 mil pesos.

Lo anterior se dio a conocer en

tarios y/o poseedores afectados.

Sin embargo, dos pagos están condicionados. El primero hasta que el interesado acredite que ha quedado firme la sentencia dictada por un juicio de amparo.

En el segundo caso, se deberá mostrar un Dictamen de Avalúo, emitido por la Dirección General

de Patrimonio Inmobiliario del Gobierno de Ciudad de México, o la dependencia que lo sustituya.

El 26 de febrero de 2012 se publicaron las reglas de operación del programa PROAPAOM 2012, para que las personas con daños en sus inmuebles recibieran el apoyo de las autoridades capitalinas.

de Patrimonio Inmobiliario del Gobierno de Ciudad de México, o la dependencia que lo sustituya.

El 26 de febrero de 2012 se publicaron las reglas de operación del programa PROAPAOM 2012, para que las personas con daños en sus inmuebles recibieran el apoyo de las autoridades capitalinas.

Publicamos otro de los relatos generados por el ciclo de charlas Los escritores viajan en el Metro, un prelude de las celebraciones que ocurrirán en 2019 por los cincuenta años de ese sistema de transporte. Socorro Venegas comparte en este caso sus primeros recuerdos en la capital: indefectiblemente se vinculan al primer viaje en un vagón naranja.

ESTACIÓN

DE LA MEMORIA

SOCORRO VENEGAS

En la FIL escuché a António Lobo Antunes contar que cuando era un joven médico vio en el hospital a un hombre cargando a un niño que había muerto de leucemia. El cuerpo del pequeño estaba cubierto por una sábana, pero escapaba un pie desnudo. Se balanceaba, como si estuviera vivo. Decidió que quería escribir para ese pie. Escuchar esto me cimbró. Y necesito conectar esa anécdota con mi propia historia. Cuando escribí el texto que sigue, a propósito de un ciclo de lecturas de escritores que viajan en Metro, no tenía esta referencia, que ahora siento indispensable.

La primera vez que viajé en Metro era una niña de ocho años. Vivía con mi familia en Cuernavaca y mis papás me trajeron al Hospital 20 de Noviembre a visitar a mi hermano menor, que estaba internado, enfermo de leucemia. La aventura era enorme. No viajábamos mucho y de pronto tenía la oportunidad de subirme a un autobús en el que regalaban refresco y dulces de canela. Eso tienen los niños: pueden transformar una vivencia cruel en algo distinto, algo cercano a un recuerdo entrañable. Así, mientras mi mamá se consumía, yo miraba los árboles pasar a toda velocidad por la ventanilla. Mientras ella se quedaba dormida en su asiento, vencida por el cansancio de las noches en vela, yo masticaba caramelos y devoraba con los ojos todo aquello que, pensaba, veía mi hermano en su camino al hospital.

Cuando lo daban de alta y podía ir a casa unos días, él me enseñaba sus pijamas y pantuflas. Sus cuadernos para colorear. Algunos juguetes. Limpiaba el lugar donde comía, doblaba su ropa y la guardaba. Mi hermano era ese niño metódico y pulcro. Yo en cambio me iba a dormir con lo que tuviera puesto. Era una pequeña bárbara a la que mi papá, indolente, dejaba crecer mientras mi madre corría de ida y vuelta al DF.

Llegamos a la central de autobuses en Taxqueña y bajamos presurosos. Era un ritmo extraño, al que no estaba acostumbrada. Eso era la ciudad. Gente que corría y fingía no ver, iban todos esquivándose con gran precisión, rumbo a lugares donde los esperaban desde hacía mucho.

Mis papás casi no hablaban, el silencio se había profundizado con la enfermedad de mi hermano. Así, de alguna manera yo iba descubriendo la ciudad a solas. Vi que compraban boletos, pero no me dieron uno, me ordenaron pasar debajo del torniquete. Mi mamá apretaba fuerte mi mano, yo también la suya. Si me perdía, estaba segura de que nunca me encontrarían.

El único tren que conocía estaba en un parque al que ya no iba, pues la enfermedad me había quitado tanto a mi compañero de juegos como los paseos. Era muy chica para conocer tanto la culpa, ese sentimiento perfectamente inútil, destructivo como pocos. Ya no podía pedir paseos, ver la televisión ni ir a una fiesta porque mi hermano no podía, y cómo íbamos los demás a divertirnos si él no lo hacía. Una anticipación del sentimiento que surge cuando alguien muere y uno sobrevive, como si debiéramos saltar todos al pozo, como si no mereciéramos quedarnos.

Cuando vi aparecer a toda velocidad el Metro me solté de la mano de mi mamá para taparme los oídos. Recuerdo el aire frío y el cuerpo anaranjado pasando y pasando y pasando a toda velocidad. Cuando la marcha fue más lenta, alguien extendió una mano para tocar los vagones, como acariciando el pelaje de un animalito. Qué curioso, nunca he visto que se toque así un taxi o un pesero.

Alcanzamos a sentarnos de puro milagro. "Vamos a transbordar", decía mi mamá con voz experta. Eso era pasar de un tren a otro. Le pregunté si también mi hermano hacía esos paseos cuando lo llevaba al hospital. Me dijo que no. Que a él no podía llevarlo en Metro porque había mucha gente y él tenía las defensas muy mal y podía pescar cualquier otra enfermedad. Me lo imaginé con una red cazando mariposas. Alas que podían matarlo.

Llegamos. En realidad, yo no podía pasar a verlo. Estaba prohibido para los niños. Pero mi mamá logró conmovier a los guardias. Así que me llevaron por amplios pasillos, muy iluminados, limpios, y vi a mi hermano y muchas otras cosas, y no entendí nada. Todo esto fue un par de años antes de que él muriera. Cuando al fin se fue,

después de que la enfermedad destruyera lo que pudo de su cuerpo, yo tenía once años y él nueve.

Cuando Gabriel murió, mi mamá estaba viajando. Tal vez iba en el Metro. No llegó a tiempo. Una enfermera le dio la noticia y la dejó sola con el niño. Muchas veces la escuché lamentarse, decir que su cuerpo aún estaba tibio. Que parecía vivo. ¿Y si aún estaba vivo?, le preguntaba a nadie y a todos.

Ahora me pregunto qué pasa con las penas, todas las penas que uno siente bajo el suelo, mientras va de un lado a otro bajo la luz. ¿Se vuelven más ligeras cuando salimos a la superficie? Tal vez la idea de que emergemos nos dé la ilusión de que sobreviviremos sin importar el tamaño de nuestros enemigos.

Empecé a viajar en Metro sola cuando vine a estudiar a la UAM Xochimilco, aunque seguía viviendo en Cuernavaca. Hacía ese viaje a diario, en los autobuses Pullman de Morelos, pero lo que a mi mamá le parecía peligroso no era ese trayecto, sino el que a veces hacía en Metro para irme a conocer la ciudad. La ciudad era el peligro.

Mi ruta favorita era la que me llevaba a Miguel Ángel de Quevedo, donde estaban las librerías. Casi nunca tenía dinero para comprar libros, así que me quedaba horas leyendo ahí nomás, sobre todo poesía. Y caminaba con libros en la mano, con la autoridad de la belleza de esas palabras a mi alcance. Era pasajera de algo mayor, y ningún apretujón me lo iba a quitar. Un poco después cambié de ruta, en la línea verde, a CU, donde entré como oyente al taller de cuento de Juan Villoro. Escribir me hacía sentir viva, más en el presente.

(No me pasó lo que a Lobo Antunes, no decidí escribir para mi hermano muerto, al menos no conscientemente. Y sin embargo, he escrito sobre eso, una y otra vez. Uno de los cuentos se llama "Los niños que van a morir". Otro se llama "Los aposentos del aire" y se publicará en mi nuevo libro de cuentos en mayo de 2019.)

El escritor Erri de Luca dice que sólo el presente tiene algo que enseñarnos. Por eso conviene mirarlo de frente. Con los ojos bien abiertos. Que no se escape, es precioso. ■

SOCORRO VENEGAS (San Luis Potosí, 1972) es autora de las novelas *Será negra y blanca* (2004) y *Vestido de novia* (2014), y del libro de cuento *La muerte más blanca* (2000), entre otros.

.....
"YO IBA DESCUBRIENDO LA
CIUDAD A SOLAS. VI QUE
COMPRABAN BOLETOS,
PERO NO ME DIERON
UNO, ME ORDENARON PASAR
DEBAJO DEL TORNQUETE".
.....

EL MÉXICO QUE CAMBIA

1967: año de esperanzas, año de expectativas, año a go-gó

[BERTHA HERNÁNDEZ]

El año comenzó con un crudo invierno y con una sorpresa que no se ha vuelto a repetir en el altiplano mexicano: nevó la noche del 10 de enero, y así se pintó una postal en la memoria profunda de chicos y grandes: la nieve cayó en las viejas piedras virreinales que aún no veían la hora de una buena limpieza que hiciera recordar, a propios y extraños, que habían tenido tiempos mejores.

La helada llegaba desde el norte: Chihuahua, Nuevo León, Durango, Zacatecas, San Luis Potosí. La prensa, mientras narraba la fuerte nevada que había caído sobre Monterrey, colaba la advertencia: "Hoy nevará en el DF si no hay cambio en la temperatura".

Comenzó a nevar en la madrugada del día 11 de enero: los fotógrafos de los periódicos se salieron a la calle para alcanzar a meter la imagen en la edición, a pesar del frío que castigaba a la ciudad, usualmente arropada en un invierno más bien benigno: taxis, aquellos pintorescos "cocodrilos" negros y verdes, los de color coral, circulaban con sus copetes nevados. Las grandes avenidas como el Paseo de la Reforma y Avenida Chapultepec, eran el escenario de pequeñas batallas de bolas de nieve, "como en el cine", y algún inspirado sacó cámaras de televisión para grabar a Lucha Villa cantando en plena calle. Mientras, los mexicanos del norte se morían de risa, quizá

Muchas cosas pasaron en aquel año: privaba la sensación de que los grandes acontecimientos del futuro inmediato llevaban al país a la plena modernidad. Éramos parte del mundo, con sus vértigos, con sus grandes sucesos: del inicio de las obras del Metro a la transmisión especial para el satélite *Pájaro Madrugador*; del homenaje a Juárez en el centenario del triunfo de la República a la sonoridad psicodélica del álbum *Sgt. Pepper's Lonely Hearts Club Band*

con un dejo de ternura, de la fiesta doméstica que los capitalinos habían armado con su nevada. Cómo no iban a emocionarse, si no caía nieve en la ciudad de México desde 1948, y si acaso, algunos muy ancianos, recordarían la nevada de 1920.

LOS GRANDES PERSONAJES, LOS GRANDES SUCESOS

Una película muy exitosa de aquel año, *Sor Yeyé*, con Hilda Aguirre y Enrique Guzmán, muestra, a ratos, lo que muchos sentían: mientras Guzmán cantaba una canción acerca del tañer de las campanas de las viejas iglesias de la capital y de la llegada de un nuevo día, el auto que conducía recorría la muy moderna y elegante Avenida Juárez. Esa breve secuencia es, a la distancia, un canto de amor a la ciudad de México: la Alameda iluminada, allí, donde, en época navideña se apos-

taban Reyes Magos de la más variada calidad y uno que otro Santa Claus, para que los niños se fotografiaran y, de paso, susurraran al oído, la lista de los juguetes soñados.

En la acera de enfrente, entre tiendas de regalos y la marquesina iluminada del cine Alameda, podía haber la emoción de una tarde entera en ese México que tenía ya, a unas pocas colonias de distancia, su barrio bohemio que presumía de cosmopolita y de centro intelectual: la Zona Rosa.

La muy *in* Galería Misrachi, que comercializaba la obra de algunos de los jóvenes artistas del momento, reinaba en la esquina de Avenida Juárez y San Juan de Letrán, y a unos pocos pasos, en la planta baja de la Torre Latinoamericana, el edificio más alto de la capital, brillaba el escaparate iluminado de la dulcería Larín, donde los golosos compraban los chocolates, o aquellos buenisimos caramelos sabor de frutas

—naranja, tamarindo— envueltos en celofán blanco.

Los mexicanos se asomaban a la modernidad vertiginosa de la segunda mitad del siglo XX: se trabajaba ya en las obras que serían escenarios de los Juegos Olímpicos, y, además, aquel año empezaron las obras para construir el Metro de la ciudad de México, logro técnico franco-mexicano, demostrando así que el suelo lodoso del antiguo lago, en el que se asienta la capital, no era obstáculo para los ingenieros mexicanos, que se medían de tú a tú con sus colegas de otras latitudes.

El primer “zapapicazo” de las obras del Metro, dado por el jefe del Departamento del Distrito Federal, en junio de 1967, iba a cambiar la vida de los habitantes del Centro. Con mucho tino, el semanario *Tiempo* inauguró una sección: “El Metro, metro a metro”, que, cada ocho días, con una buena foto y un preciso pie de imagen, iba haciendo la crónica de la obra, que fue capaz de atravesar por debajo el corazón de la capital sin perturbar siquiera la apacible existencia de los edificios virreinales.

Y más aún: el Metro hizo hablar a los viejos dioses prehispánicos. Las obras permitieron rescatar miles de piezas arqueológicas que le hablaban a los mexicanos de su pasado antiguo.

Entre el metro y los preparativos

para las Olimpiadas, el país y el gobierno de Gustavo Díaz Ordaz se concentraban en una ruta renovada al progreso; hasta parecía, por momentos, que nadie se acordaba de las marchas del movimiento de médicos empleados en el sector público, que exigían mejoras a su situación laboral.

Era un mundo que sonaba a “música a go-gó”, donde las minifaldas empezaban a menudear, para escándalo de los padres de familia, y en el que muchos sucesos de índole internacional resonaban en escuelas y hogares; donde la gente se preocupaba por el estado de salud del popular expresidente López Mateos, y seguía con atención lo que se publicaba acerca de sus padecimientos.

¿QUÉ VEMOS EN LA TELEVISIÓN? ¿A QUIÉNES SEGUIMOS?

La gente podía asistir a las funciones estelares de lucha libre desembolsando tres pesos; en el mar de papel de la prensa nacional, había un periódico, *El Heraldo de México*, ya desaparecido, que además de imprimirse ¡a color!, se anunciaba con música de los Beatles y, en su suplemento cultural, uno de aquellos personajes extraños, insólitos, Alejandro Jodorowsky, publicaba sus *Fábulas Pánicas*, mientras la prensa reseñaba un *happening* realizado por escritores como Carlos Monsiváis y Elena Garro, afuera de la embajada boliviana.

El Heraldo solía otorgar premios, “Los Heraldos”, a lo más importante del mundo televisivo y artístico: aquel año, habían merecido premios, en la categoría de Noticieros, Jacobo Zabudovsky y Pedro Ferriz —a quien no había necesidad de agregarle el apellido materno—; Agustín Barrios Gómez se ganaba el reconocimiento por Programa Periodístico y Enrique Llanes, alma de las transmisiones semanales de lucha libre, lo obtenía por su desempeño como Cronista Deportivo. Las revelaciones en la industria del espectáculo eran el joven galán Enrique Lizalde y Carmen Salinas.

La producción *Domingos Herdez*, con todo y su superhéroe local, “Juan Derecho”, encarnado por Chucho Salinas, se ganaba el premio a mejor Programa Cómico. Un elegante joven, León Michel, era el mejor Locutor de 1966 y los actores Silvia Derbez y Eric del Castillo sobresalían por su actuación en telenovelas. Un géne-

ro prácticamente desaparecido, pero muy popular en aquellos días, el Teleteatro, le había valido un galardón al actor Enrique Rambal.

Con una industria televisiva consolidada, la gente se levantaba y, a las 7 y media podía sintonizar el *Noticiero Nescafé*, y entre saludos y música, esperar a que dieran las 9 de la mañana para ver al profesor Vellanoweth y a sus modelos, para proceder a la gimnasia matutina. Los chicos podían entretenerse con las “caricaturas”, como *Don Gato y su Pandilla*, y después seguir atentos las series como *Bat Masterson*, *Daniel Boone* o *El Agente de Cípol*. Desde luego seguían siendo leales seguidores del *Club Quintito*, y los más chicos, como buena generación nacida con el “chip” televisivo integrado, se hacían, poco a poco, aficionados al *Telekinder* con la dulce Pepita Gomís. Para los jóvenes estaba “Orfeón a Go-gó”, con lo mejor de la música moderna del momento.

Como el progreso que se manifestaba en la televisión también tenía que tener un beneficio social, podía verse, muy temprano, un programa: *Yo puedo hacerlo*, versión electrónica de la campaña alfabetizadora del gobierno, a cargo de una profesora, María Elena King.

VEINTICINCO SEMANAS DE ÉXITO

Er an los días de la permanencia voluntaria en enormes salas cinematográficas, cuyos nombres no son ya sino recuerdos: Roble, Manacar. Empezan-

do el año, se se estrenaba *Doctor Zhivago*, filme romántico con el que el cineasta David Lean se anotaba otro éxito internacional, después de *Lawrence de Arabia*. En ambas producciones brillaba un joven actor egipcio llamado Omar Sharif. *Doctor Zhivago* llegaba a disputar-



En 1967 se estrenó *La Tormenta*, tercera telenovela histórica, acerca de la guerra de intervención y el triunfo republicano.

Además de aparecer en el año de la conmemoración, era la manera que Televisión halló para congraciarse con el gobierno federal por el exitazo, dos años antes, de su primera novela histórica: Maximiliano y Carlota.

le el primer lugar en taquilla a una película que llevaba, nada menos que sesenta semanas en cartelera! *La Novicia Rebelde* (*The Sound of Music*), protagonizada por la británica Julie Andrews. No extraña, por tanto, que habiendo aparecido en los cines mexicanos en enero, *Doctor Zhivago* llegara al verano acumulando más de 25 semanas en las preferencias de los cinéfilos.

El Circo Atáyde anunciaba a "Maritza, la reina del trapecio" y —tiempos que no volverán— a Henry Luyk y sus Tigres de Bengala. Eran muchos los que,

día a día, seguían los preparativos para un encuentro boxístico de altura: por el campeonato mundial de peso pluma, pelearían a 15 rounds, el día 29, el mexicano Vicente Saldivar y el japonés Mitsunori Seki, y después se descubriría que las peleas de Saldivar, el ídolo boxístico del momento, también llegarían a las televisiones mexicanas por obra de la tecnología, a través del satélite *Pájaro Ma-drugador*.

TODO LO QUE NECESITO ES AMOR

Los grandes éxitos musicales Lien español de fines de junio de 1967 eran "Yo soy aquel" de Raphael, aquel joven español que era el ídolo de cientos de jovencitas y de muchas otras no tan jovencitas. Otro que sonaba y sonaba mucho, era Armando Manzanero, con "Esta tarde vi llover". Pero a miles de adolescentes mexicanos el tema no les importaba: lo relevante era que ese domingo 25, los Beatles estarían en vivo, en todas las televisiones del país. A las 2:45 de la tarde comenzaría la transmisión mundial de *Nuestro Mundo*, que enlazaría a 19 países, y que se estimaba sería visto por quinientos millones de personas. Cada país participante presentaría un segmento que hablara de lo que era en esos momentos. La gran expectación, también mundial, venía del hecho de que el segmento del Reino Unido se transmitiría desde los estudios de Abbey Road y John, George, Paul y Ringo interpretarían una pieza compuesta ex profeso para el suceso.

Muchos reconocerían después que la gran expectativa era ver ¡en vivo! a los Beatles. Pero México hizo gala de audacia y creatividad: se quería mostrar lo entrañable, lo propio, pero, al mismo tiempo, mostrar que éste era un país listo para recibir unos Juegos Olímpicos.

¿Cómo fue? ¿Qué se hizo? Con dos locutores a cargo, Pedro Ferriz Santacruz y León Michel, se planeó mostrar una combinación entre tradición y mirada al futuro: el ballet de Amalia Hernández ejecutaría bailes regionales en el Zócalo y en la Plaza de las Tres Culturas; en el Centro Médico La Raza, las cámaras transmitirían el nacimiento de un niño. ¡Y así fue! Mientras Canadá y Dinamarca mostraron recién nacidos, muy cómodos en el regazo de sus madres, en blancas camas de hospital, Pedro Ferriz se apostaba en un pasillo del hospital de Ginecología de La Raza, en el momento justo en que el médico levantaba al bebé, aún unido a su madre por el cordón umbilical.

"Es usted un mago", le dijo después el locutor al médico.

En aquel año, al ritmo de "Lucy en el cielo de Diamantes", hasta parecía que se desvanecían los pequeños escándalos que provocaba en la prensa que John Lennon hubiera declarado meses antes, que los Beatles eran "más populares que Jesucristo": las faldas se acortaban y los cabellos masculinos empezaban a crecer; a las glorias nacionales como Salvador Novo —que presumía haber dado una conferencia ¡modernísima! en Bellas Artes, con diapositivas y música—, Jaime Torres Bodet o Martín Luis Guzmán se les homenajeaba en el restaurante más elegante de Paseo de la Reforma, el *Ambassadeur*, y los oradores eran los jóvenes talentos como José Emilio Pacheco y Carlos Monsiváis.

Fue un año inolvidable. Y el que seguiría iba a serlo aún más.